

La felicidad y yo

En busca de la felicidad, Revista Misión Joven, No. 260, Septiembre de 1998

1. Esta imagen (ver gráfico) de C. Belmonte ilustra en los Pasatiempos de «El País» (1.2.98) un test que respondía a la pregunta: "¿Cómo persigue la felicidad?" Por cierto, ¿qué respondería cada uno?

2. Centrarse en ese tenía antes de partir de la imagen, antes incluso de verla. Para ello se pueden concluir por escrito las frases siguientes u otras similares:

- Yo persigo la felicidad...
- Yo pongo la felicidad en...
- Yo soy feliz cuando...
- Lo que más me hace feliz es...
- Para alcanzar la felicidad yo...
- Con tal de ser feliz, yo ...
- Yo para ser feliz quiero ...

3. Poner en común lo que ha salido. Cada uno lee lo que ha escrito y va comentando por qué ha puesto eso. Insistir en las causas.

4. Sacar conclusiones. Caer en la cuenta de cuáles son los deseos, necesidades y proyectos de cada uno. Aplicarlo después al grupo.

· Perseguidores de la felicidad

1. Dar la imagen y centrarse en ella. ¿Qué hace este personaje? ¿Por qué? Comentar ampliamente y partir de las intervenciones que salgan.
2. Para ello, aludir a todo lo que aparece en el personaje: postura, movimientos, vestido, corbata al aire, pelo, calzado... Centrarse también en lo que hace.
3. ¿En qué me parezco yo a este personaje?
4. Centrarse en la ilustración según el planteamiento original: ¿Cómo persigue la felicidad ese personaje?
5. ¿En qué me parezco yo a este personaje a la hora de perseguir la felicidad?

· La felicidad integrada

1. Profundizar en las actitudes del personaje para descubrir cuáles son nuestras actitudes fundamentales ante la búsqueda de sentido y de felicidad. Ver lo que hace el personaje.
2. Va saltando de un lugar a otro: ¿Qué son esos lugares? ¿Son islas? ¿Son nubes? En ambos casos hay peligro: o se trata de objetivos aislados y desintegrados, o se trata de andar por las nubes.
3. Va saltando de un lugar a otro... sin detenerse en ninguno. ¿No es eso una parábola del ser humano actual?
4. Centrarse en cada uno de los letreros. ¿Cómo creemos que deben funcionar esas dimensiones de la persona para lograr la felicidad?
5. Ojo: son dimensiones de la persona, no hechos aislados ni actitudes disgregadas. Es necesario integrar todos los elementos. ¿Qué hay que hacer para ello?
6. Sin embargo la canción decía que "tres cosas hay en la vida: salud, dinero y amor, y el que tenga estas tres cosas, que le dé gracias a Dios". Y continuaba: "El que tenga un amor, que lo cuide, que lo cuide, la salud y el dinero, que no lo olvide..." ¿Qué nos parece? Y el trabajo, y la amistad y el coeficiente intelectual... ¿nos dan la felicidad?
7. ¿Qué otras realidades son imprescindibles para lograr la felicidad y no están señaladas aquí? ¿Cuál es la actitud con la que había que vivir las dimensiones aquí plasmadas y las que no están aludidas? ¿Cómo habría que hacer para integrar todos los elementos en vez de mariposear de uno a otro persiguiendo la



felicidad sin lograrla?

8. Concluir: Escribir un breve relato que comience así: "Había una vez una persona que quería atrapar la felicidad empleando una red para cazar mariposas..."

LAS BIENAVENTURANZAS QUE JESÚS APRENDIÓ DE SU MADRE

Ciertamente las bienaventuranzas que Jesús pronunció en el monte no le vinieron del cielo ni, mucho menos, fueron "un chivatazo del Jefe." Antes, mucho antes de comunicar, en unos segundos, la lección magistral sobre la felicidad, Jesús las había experimentado y vivido, durante treinta largos años, en la pequeña Nazaret, teniendo como maestra a su Madre: la Virgen María.

Por eso cuando subió al monte, el Señor se sacó, "no de la manga" sino del corazón, del mismo corazón de su Madre, los secretos de la auténtica felicidad. Si te interesa, si quieres..., ¡toma nota!

Felices los pobres de espíritu y de bolsillo, los que teniendo la nevera desierta,
el ropero vacío y la cartera en números rojos, son capaces, como María,
de dar un sí gratuito, auténtico, incondicional a los planes de Dios.

Felices los que están tristes, los que teniendo que soportar un día sí y otro también
las puertas cerradas de un mundo que ha prescindido de ellos,
son capaces, como María, de hacer presente
con sus palabras y con su vida la sonrisa de Dios.

Felices los humildes, los que, desde el anonimato y los últimos puestos,
son capaces, como María, de contar con sus labios y con su corazón
las proezas de un Dios que sigue mirando amorosamente la humildad de sus siervos.

Felices los que tienen hambre y sed de hacer la voluntad de Dios,
los que, no conformándose con asistir al banquete de la vida
como meros comensales, son capaces, como María,
de levantarse de la mesa y adelantarse a las necesidades de sus hermanos.

Felices los misericordiosos, los que tienen un corazón limpio,
los que, a pesar del daño al que son sometidos por un mudo cruel y egoísta,
son capaces, como María, de guardar en sus corazones
únicamente, exclusivamente las bondades de sus hermanos.

Felices los que construyen la paz, los que no “echando balones fuera,”
culpando siempre a los otros de los males de este mundo,
son capaces, como María, de involucrarse, de ponerse en camino,
construyendo con sus propias vidas un reino de paz,
de amor, de justicia, de fraternidad.

Felices los perseguidos por hacer la voluntad de Dios,
los que, a pesar de estar con las puertas cerradas por miedo a una sociedad
que no les quiere, son capaces, como María, de tener abiertos sus corazones,
haciendo de sus vidas un refugio cercano, cálido, reconfortante
para todas las personas que pasan por sus vidas.

Felices seréis cuando os injurien y os persigan y digan contra vosotros
toda clase de calumnias, pues ahí, en la cruz,
os entregaré a la persona más especial de este mundo: a mi Madre.
Alegraos y regocijaos, pues pasaréis a ser sus hijos predilectos.
